

INGRESO DE DON MARTIN DE RIQUEUR EN LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

Su discurso constituyó una bella exposición sobre la vida caballeresca en el siglo XV

Madrid, 17. (De nuestra Redacción.) — La Real Academia Española de la Lengua celebró el domingo sesión pública solemne para dar posesión de su plaza de número al académico electo don Martín de Riquer Morera, conde de Casa Dávalos.

En el estrado ocupó la presidencia, en nombre de don Ramón Menéndez Pidal, don Vicente García de Diego, a quien acompañaban don Rafael Lapesa, don Gerardo Diego, don Luis Martínez Kleiser y don Melchor Fernández Almagro.

Ocupó un lugar destacado junto a la mesa presidencial el príncipe don Juan Carlos. El salón de sesiones se encontraba totalmente lleno de público, entre el que figuraban los académicos de la Real de la Historia, don Jesús Pabón y don Ramiro de la Válgoma; el duque de Alba y don José Subirá, de la de Bellas Artes de San Fernando, y personalidades del mundo del arte, de la sociedad y de la diplomacia.

El nuevo académico entró en el salón acompañado de los numerarios don Luis Rosales y don Alfonso García Valdecasas. A continuación don Martín de Riquer dio lectura a su discurso de ingreso sobre el tema «La vida caballeresca en la España del siglo XV». Esta pieza es de una gran belleza literaria, lo que nos ha llevado a reproducirla fragmentariamente, dada su gran extensión. Para el solaz de nuestros lectores he aquí algunos de los párrafos más significativos:

Elogio al señor García Sanchiz

Hace dos siglos y medio que la máxima aspiración de todo español dedicado al cultivo o al estudio de las letras es hacer lo que estoy haciendo en este momento: ingresar en la Real Academia Española. Con la mayor sinceridad, sin retórica ni formalismos, repito ahora mi agradecimiento a los señores académicos que me han escogido para compartir su trabajo y su honrosa situación intelectual, y manifestarles que ésta es una de las mayores alegrías de las muchas que, gracias a Dios, he tenido en mi vida. No se me oculta que una de las razones que pudieron mover a los numerarios de esta Real Corporación a elegirme precisamente a mí fue la conside-

ración de que soy el presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, la segunda, por orden de antigüedad, de las reales academias que existen en España, pues fue creada y empezó a celebrar sus «asambleas» en 1729 y en 1752 fue acogida bajo la protección de Fernando VI.

Arturo Capdevila, en un discurso pronunciado en Buenos Aires, dijo lo siguiente: «Federico García Sanchiz, hijo de España, señor de Valencia, mucho más duende que hombre, que se ha embriagado con el añil, con el verde, con el indigo de todos los mares y que por puro oficio de duende va rodando del Este al Oeste y del Sur al Norte toda la bella y dulce tierra de Dios.» Creo que estas palabras del ilustre poeta argentino definen, incluso con su propio estilo, la personalidad literaria de Federico García Sanchiz, para cubrir cuya vacante en esta Real Academia he sido designado. García Sanchiz fue un viajero infatigable, que cruzó varias veces los océanos, y que incluso dio la vuelta al mundo en el «Graf Zeppelin», sorprendiendo colores de tierras y de mares, que después describía en un estilo esfiligranado que llegaba hasta lo más hondo de las multitudes que, en tantos países, acudían a escucharle. Tal vez por esta razón los libros de viajes de García Sanchiz constituyen, a mi entender, lo más atractivo de su obra escrita e impresa, como es aquel variadísimo, bien observado y a veces tan divertido «La ciudad milagrosa», que es Shanghai, libro que se publicó en Madrid, en 1926, con el título de la obra y el nombre del autor en chino. Como lo es aquel otro, «El viaje a España», uno de sus mayores aciertos, y lo son aquellas interesantes memorias, «América, española», donde tan bien se retrata a sí mismo y nos habla de sus éxitos y de sus rasgos de ingenio con un entusiasmo a veces un poco ingerido, que es precisamente la sal de la obra. En la América española es donde Federico García Sanchiz obtuvo sus mayores triunfos, aclamado por multitudes, agasajado por las más altas personalidades y con un prestigio popular que alguna vez llegó incluso a perturbar el orden público.

menten relatan este hecho caballeresco la crónica del citado rey y la del Condestable, aunque en ambas se registra que el propio soberano rompió una lanza justando con Juan de Merlo. Más explícita es la «Crónica del Halconero», con su refundición, en la que se narra que don Alvaro de Luna fue el capitán de la justa «con treinta caballeros mancebos que con él fueron, de los grandes que avía a la sazón en toda la corte». El Condestable fijó sus capítulos en la puerta de palacio, y en ellos se señalaban las condiciones de la justa, que había de ser juzgada por don Pedro Niño, conde de Buena, por don Iñigo López de Mendoza, señor de Hita, y por el mariscal Pero García. El domingo día 2 de mayo, a las tres de la tarde, se presentó el Condestable en la liza precedido de quince de sus caballeros con libreas verdes y de otros quince con libreas amarillas y seguido de otros dos vestidos de negro. El primer aventurero que compareció fue el Rey, con arnés real, un capote verde y escudo dorado. Juan II justó con Diego Manrique y luego con Juan de Merlo, «e rompió dos

varas muy bien rompidas». Acto seguido, don Alvaro de Luna justó con Juan de Merlo, «e fizolo muy bien». Tras las justas vino el torneo, en el que lucharon los treinta caballeros, y «alli ovo muy fuertes e reziros enqñentros, e quedaron algunos de aquellos cavalleros desmarcados de los arneses, e dos dellos de los yelmos, que ge los llebaron de las ca-beças». Al ponerse el sol se concluyó la fiesta caballeresca, y siguió la cena con danzas y momos, y entonces los jueces de las justas emitieron su sentencia, puesta en boca del «dios de Amor», en la cual se premiaba en primer lugar al Rey, en el segundo al Condestable, en el tercero a don Juan Niño, en el cuarto a Pedro de Acuña y en quinto lugar a Juan de Merlo. Carlos de Arellano y Alfonso Niño, debido a que «se son mostrados más regulosos e mejores encontrados, e aver fecho más e mejores carreras que ninguno de todos los otros». El dios de Amor, en vista de ello, rogó «a sus señoras e amigas que en remuneración e galardón de sus trabajos los abracen e fagan buena fiesta».

El «Passo Honroso»

Apenas habían pasado tres meses de las justas de Valladolid, Juan de Merlo aparece en otras mucho más famosas e importantes: el Passo Honroso defendido por Suero de Quiñones. El texto manuscrito del «Libro del Passo Honroso» dice que el viernes 23 de julio de 1434 llegó al Paso el honrado e famoso cavallero Juan de Merlo, mayordomo mayor del muy magnífico e poderoso e honorable cavallero don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, con otros onze cavalleros e gentileshombres que en su compañía venían, los cuales vinieron a hacer las armas al Paso ya nombrado, según se contenía en los capítulos que Suero de Quiñones había fecho en deliberación e rrescate de su empresa». Por la tarde del 26 de julio, Juan de Merlo envió a decir a los jueces del Passo que él se había presentado allí para luchar peligrosamente el día de Santiago, lo que no se le había consentido, pero que «él había de hacer armas en Francia con unas platas sencillas que allí traya, e que rogava a los jueces que rogasen a Suero, o qualquier otro que hordenado fuese de con él fazer, que con otras platas sencillas con el quisiere fazer, porque él pudisse ver para cuánto eran sus platas, e que en esto le farían una gran gracia». El texto impreso dice: «porque trahía unas platas sencillas para hazer armas en Francia, y quería probar su fortaleza». Los jueces no accedieron a ello, y Juan de Merlo tuvo que esperar al 28 de julio, día en que se armó para justar prescindiendo del fino arnés que tenía preparado para la batalla de Arrás, de la que tratamos en seguida. Entró en la liza «de mala voluntad, que él bien quisiera provar allí aquellas platas suyas porque entendía que eran de las fuertes del Reino». A poco entró Suero de Quiñones, «el qual llevaba sobre las armas una camisa blanca con unas ruedas de Sancta Catalina». En la tercer carrera Suero fue herido en el brazo derecho, de tal suerte que pidió a Juan de Merlo que ambos rogaran a los jueces que dieran su batalla por acabada. Merlo respondió «que le plazía, pero que le rogava, de parte de su dama, que mandase armar otro cavallero» con quien proseguir el combate. Como Suero de Quiñones no lo aceptó, se dieron las armas por cumplidas. Juan de Merlo regaló a Suero de Quiñones «un guardabrazo yzquierdo muy fermoso», y éste le correspondió con «una gentil mula... porque él sabía cómo le estava aparejado largo camino para yr fazer sus armas fuera del reino, e la mula andava muy llano», lo que el texto impreso puntualiza: «le cumplía largo camino hasta Francia».

Tras la batalla con Juan de Merlo, Suero de Quiñones quedó inutilizado para el resto del Passo Honroso, que se dio por acabado doce días más tarde. Ello supone acrecentamiento en el prestigio de nuestro cavallero, a pesar de que el notario Pero Rodríguez de Lena, tan parcial a favor del leonés, hace una serie de bizantinas consideraciones sobre el origen de la herida que dejó fuera de combate a Suero de Quiñones. A Juan de Merlo le precisaba ir a Francia porque un tiempo antes, en 1433, si hemos de dar fe a la «Crónica de Juan II», había sido retado por un famoso cavallero borgoñón. Explica la mencionada crónica que «duele tocada su empresa por un gran señor de la casa del duque Felipe de Borgoña, llamado micer Pierres de Breceimonte, señor de Charny». Se trata de Pierre de Beaufremont, señor de Charny, al cual me referiré cuando me ocupe de Pedro Vázquez de Saavedra y del Pas de l'Arbre Charlemagne.

Los cronistas borgoñones Enguerrand de Monstrelet y Jean Lefèvre, señor de Saint-Remy, ofrecen detalladísimas descripciones de la batalla entre Juan de Merlo y Pierre de Beaufremont. Constituyó uno de los números más notables con que se celebró la paz de Arrás, entre Carlos VII de Francia y Felipe el Bueno de Borgoña. Este fue el juez de la justa, que empezó el 11 de agosto de 1435, un año después del Passo Honroso. Combinando y resumiendo los datos de los dos cronistas borgoñones, recogemos las siguientes noticias. El citado día 11 se presentó en la liza preparada en Arrás «messire Jean de Merle, chevalier banneret très renommé, natif du royaume d'Espaigne, appellant sans querelle diffamatoire, pour acquerir honneur, contre Pierre de Beaufremont», según afirma Monstrelet. Esto está en contradicción con la «Crónica de Juan II», ya que ahora se afirma que Juan de Merlo era el requeridor, no el requerido. Se-

EL BELLO DISCURSO DEL NUEVO ACADEMICO

El siglo XV español está lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes que llevaron sus empresas por reinos alejados, tanto cristianos como paganos, y concluyeron aventuras brillantes y temerosas.

Recojamos, pues, en primer lugar, algunas noticias sobre caballeros andantes por los reinos españoles en el siglo XV. Al iniciarse éste, en fecha que ha de situarse entre los años 1397 y 1409, Carlos VI de Francia escribe a Martín I de Aragón para recomendarle muy encarecidamente a su «amé e feal chevalier et chambellan Jean de Grabo, né du pays de Pouleinne, lequél après qu'il a eu nagaires faites armes devant nous où il s'est grandement et notablement portez» desea ahora visitar «de pays de par delà», o sea, España. Jean de Werchin, senescal de Hainaut, fue un cavallero muy dado a buscar aventuras en España: en 1399, junto con Michel de Ligne, tenía que participar en unas justas, en Cardona, que el rey Martín ordenó suspender, y aunque no les permitió colocar escudos en forma de reto caballeresco en su «señoría», les escribió para asegurarse que le placiera mucho que acudiesen a su corte, entonces en Zaragoza, pues allí encontrarían cavalleros y escuderos que los libertarian de sus votos caballerescos. En junio de 1402, el senescal de Hainaut, mediante heraldos, difundía que estaba dispuesto a luchar con cualquier cavallero que se presentara en Coussey el primero de agosto, y si no acudía nadie, iría a los reinos de Navarra y de Castilla, se llegaría hasta «monseigneur Saint Jacques», y regresaría por los reinos de Portugal, Valencia y Aragón dispuesto a aceptar los retos de todos los cavalleros que quisieran justar con él, a condición de que no se tuviera que desviar más de veinte leguas del itinerario trazado.

La frontera con los moros

España tenía para los cavalleros andantes extranjeros el doble atractivo de las lucidas cortes de los reyes cristianos y la frontera con los moros, que forzosamente había de reavivar el espíritu de cruzada, tan vinculado a la caballería y a la literatura. Pero ya veremos que no fueron pocos los cavalleros que se dispusieron a justar en la corte del rey de Granada.

El voto caballeresco

Recordemos que el voto caballeresco se fundaba en jurar abstenerse de algo determinado o exteriorizarse con alguna nota llamativa, singular o incluso humillante hasta haber luchado contra uno o varios cavalleros o haber participado en un hecho de armas. El cavallero lo hacía quedaba prisionero de su voto, de suerte que, cuando otro luchaba con él, era «libertado», y por esta razón en los capítulos de armas, tan frecuentes en el siglo XV, el que ha hecho el voto pide a los demás que lo liberten. Recordemos un ejemplo muy sabido y muy característico: Suero de Quiñones hizo el voto de llevar todos los jueves una argolla en el cuello y una cadena, en señal de cautividad amorosa, hasta quedar libertado una vez se cumplieran las condiciones que se impuso en los capítulos del Passo Honroso. El voto caballeresco es una especie de traslado «a lo profano» del voto o de la promesa de carácter piadoso. Jacques de Lalaing, naves, juró partir en demanda de aventuras con el brazaete de oro, que indudablemente debería llevar en el brazo derecho día y noche, sin quitárselo jamás, hasta haber sido libertado. En sus capítulos, redactados en Borgoña, manifestó la intención de tener como juez de sus batallas al muy excelente y muy poderoso príncipe el rey de Castilla, a quien suplica que le conceda la benigna gracia de honrarle aceptando su petición. Con una lucida comitiva, en la que figuraban varios cavalleros, atravesó los Pirineos, entró en el reino de Navarra y se encaminó a Pamplona, donde saludó al príncipe Carlos de Viana y a su esposa

Ana de Cleves. Un cavallero navarro, Juan Miguel de Luja («Jean de Lusse», en el texto francés), quiso tocar la empresa de Lalaing, pero el príncipe don Carlos no se lo consintió porque estaba seguro de que su padre, el rey Juan, no lo permitiría debido a la gran alianza que existía entre las casas de Navarra

y de Borgoña. En Pamplona, Jacques de Lalaing fue honrado con compañía de Juan de Beaumont y del famoso mosén Pierres de Peralta y admirado por damas y doncellas, hasta tal punto, dice el autor del «Livre», que algunas gustosamente lo habrían cambiado por su marido.

Viaje de caballería al extranjero

He tratado hasta ahora, muy rápidamente y sólo reparando en algunos casos, de cavalleros andantes extranjeros en España. Examinemos a continuación los hechos de algunos cavalleros españoles que se fueron a reinos extranjeros, limitándonos también al siglo XV.

En noviembre de 1400 se encontraba en París el cavallero Pere de Cervelló, militar de cierto relieve, pues había luchado en las campañas de Sicilia de 1393 y 1398, y a él se dirigía un joven bretón, que no tardaría en ser famosísimo, Guillaume du Chastel, quien, deseoso de hacer méritos para ser armado cavallero, le reta en términos muy corteses porque ha sabido que Cervelló ha ido a Francia dispuesto a luchar con todos los cavalleros que lleven el escudo verde y la dama blanca. En seguida el catalán contestó al bretón: efectivamente, el pasado domingo de Pentecostés —que fue el 6 de junio—, estando la corte en Barcelona, Pere de Cervelló hizo el voto de hacer armas contra dos cavalleros de los que llevan el escudo verde y la dama blanca, voto que se ve precisado a cumplir después de otra batalla que tiene concertada con Ponç de Perellós.

Hagamos una pequeña digresión para comentar estos puntos. Muy poco antes, el 11 de abril de 1399, el famosísimo cavallero francés Jean Le Meingre, llamado Boucicot, había instituido la orden de «l'écu vert à la Dame Blanche», con la finalidad de evitar las injusticias que tan a menudo se hacen a damas, doncellas y viudas, y los trece cavalleros que la formaban, que ostentaban un brazal verde con una dama blanca pintada en él, se comprometían a acudir en defensa de mujeres desvalidas y a luchar contra cualquier cavallero o escudero, «de noble lignée et sans vilain reproche», que los requiriera para libertarse de algún voto. Con esto queda explicado un punto de la carta de Pere de Cervelló. El otro también se aclara si tenemos en cuenta que en diciembre de 1399 Martín I escribió una carta al veguer de Barcelona ordenándole que prenda y arreste al noble Ponç de Perellós, quien hace tres días se ha ausentado de la corte sin licencia y se ha encaminado al reino de Francia para hacer y cumplir ciertas armas. En su vagar caballeresco Pere de Cervelló y Ponç de Perellós, ambos muy unidos a la corte del rey Martín y que por lo tanto deberían conocerse bien, se encontraron en París y, sin duda, lucharon.

En las demás cartas de batalla que se cruzaron Pere de Cervelló y Guillaume du Chastel se acordó que el primero, como requerido, buscara juez y plaza para la celebración de la batalla. Se negó a ello Martín el Humano, pero aceptó complacido Enrique III de Castilla, quien los citó para el 15 de septiembre de 1401 en la ciudad de Segovia. El cavallero bretón solicitó del rey de Castilla salvoconducto para trasladarse a Segovia con doscientas personas y doscientos cavalleros. Ignoro si llegaron a combatir; no obstante, ambos adversarios están documentados años después: Pere de Cervelló intervino activamente en los sangrientos bandos de Valencia, al lado de los Solers y contra los Cantelles; formó en la expedición a Cerdeña de 1409 que culminó con la batalla de San Luri y se halló presente en aquella tan discutida escena en que Martín el Humano, moribundo en el monasterio barcelonés de Valladonella, fue requerido para que sus reinos los heredase quien en justicia debía poseerlos. Guillaume du Chastel, ya almirante de Bretaña, se distinguió por sus arriesgadas expediciones a islas y costas inglesas; en 1402 se hizo muy famoso en una celebrada justa entre siete franceses y siete ingleses, y murió dos años después en un temerario desembarco en Dartmouth. El Victorial de Pero Niño nos ofrece un excelente retrato de este cavallero:

«Mosén Guillén del Castel, el noble e muy baliente cavallero... fue natural de Breñón. Hera bretón bretonante. Llaman bretonante al que es bretón, que non es mezclado de otra nación ni lengua... Hera señor de una grand baronía que llaman el Castel. Hera hombre muy alto de quierpo, e de grand fuerza, e muy fermoso de su persona. Hera muy baliente; entró en campo muchas vezes, tantos por tantos, ansí en armas secretas como a todo tranze. Tan baliente hera, quando hera en los campos armado, e tan ligero andaba, como si non truxese armas ningunas. Tanto se atreía en su balentía, que muchas vezes en los campos acometía al que le caya en suerte de lo tomar a manos. Entró en una vatalla de siete por siete, e los otros contrarios heran yngleses, e fue benedictor él e sus compañeros...»

El esforzado don Juan de Merlo

Ya vimos que don Quijote citaba, entre los cavalleros andantes, al «luisano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charny, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama...». Muy famoso fue, en efecto «un cavallero llamado Juan de Merlo, que era natural de Portugal e naciera en este reyno», como dice la «Crónica de Juan II», la cual lo describe como «hombre muy dispuesto, de gentil gesto e cuerpo; fue

gran justador e luchador e hacía toda cosa muy bien». En febrero de 1428, figura Juan de Merlo entre los «nomes de quenta» que entraron en Castilla con el condestable don Alvaro de Luna. En 1430, en guerra con los moros de Granada, «fue herido en el rostro un poco». El nombre de Juan de Merlo no aparece en los pasos de armas y justas que se celebraron en Valladolid entre el 2 de mayo y el 8 de junio de 1428, pero sí, en cambio, en los que se hicieron en esta ciudad castellana en mayo de 1434, organizados por don Alvaro de Luna en honor de Juan II. Muy somera-

LAS ULTIMAS JUSTAS

Aunque ya cae fuera de los límites cronológicos que aquí me he impuesto, no puedo dejar de mencionar, por su importancia en la literatura, el lance entre Pedro Torrellas y Jerónimo d'Ansa. El primero escribe desde Zaragoza, el 26 de abril de 1522, aludiendo a un «combate secreto» que tuvo efecto entre ambos el anterior día 19 y exige a Jerónimo d'Ansa que «digays y confeséys que'l dicho día del combate que vos y yo hizimos, quedé yo con tanta honra quanto convenía a cavallero, y que después de fecho lo que yo devía, salí del dicho combate con mi espada en la mano, la qual nunca perdí ni dexé, e quedé como convenía a mi honra». Y como sea que Jerónimo d'Ansa va explicando que Torrellas, en aquella sazón, perdió la espada, deciden resolver la diferencia mediante a una batalla a ultranza. Esta batalla a ultranza, que presidió Carlos I en Valladolid, es el tema de la obra de Calderón de la Barca «El postrer duelo de España».

Contestación de don Dámaso Alonso

El discurso de contestación de don Dámaso Alonso constituyó un detallado, penetrante y afectivo estudio de las numerosas publicaciones de don Martín de Riquer en el campo de la historia literaria española en general, castellana, catalana, provenzal y francesa. Y terminó diciendo que la Real Academia Española espera mucho de este nuevo miembro, y desea que la distancia Barcelona-Madrid prive lo menos posible a la corporación de la enorme erudición y el trabajo bien acreditado del nuevo compañero. Fue, igualmente, muy aplaudido.

Por último, el presidente impuso al académico don Martín de Riquer la medalla de la corporación y le hizo entrega del diploma correspondiente, siendo seguidamente felicitado por los académicos, personalidades y amigos.

Caritas tiene planteados en su base dos problemas: el económico y el personal.